

Diez mil pasos cada día: paseo por una Barcelona literaria

Jordi Puntí*

1. Cada día doy diez mil pasos por mi ciudad. Diez mil pasos son más de seis mil segundos. Más de una hora y media para volver a encontrar calles, esquinas, casas, tiendas, bares, coches, semáforos, parques, estatuas, personas, amigos. Mis paseos suelen ser circulares —me alejo de casa para volver después, igual que un bumerán—, pero de vez en cuando también me gusta que sean lineales como el vuelo de una flecha. Del punto A al punto B. Hay días en los que, al salir del portal, pienso que ya he intentado todos los trayectos posibles, pero una ciudad siempre es un jardín de senderos que se bifurcan. Me obligo a cada momento a elegir un camino. Un semáforo verde me hace cambiar de acera; unas obras inesperadas me hacen dar marcha atrás; las ganas de volver a encontrar un parque olvidado hacen que me desvíe inesperadamente. La cuestión es no pararse. Además, por mucho que repita un recorrido, nunca me aburro. Barcelona cambia constantemente y se renueva ante mis ojos cada día, para bien y para mal. Las ciudades son camaleones que mudan la piel según nuestro estado de ánimo. El asfalto mojado en un día de lluvia puede brillar como el lomo de una rata de cloaca o con el fulgor irreal de un río de mercurio. Por decirlo como Heráclito, nunca caminamos dos veces por la misma calle.

2. Algunos días añado música a mis paseos. Camino con un podómetro en la cintura, que me ayuda a contar la cantidad de pasos, y con los auriculares en

las orejas. Es como si me convirtiera en una especie de agrimensur sónico y urbano. Ahora sé que el disco *Abbey Road* de los Beatles dura unos cuatro mil pasos o, lo que es lo mismo, desde una de las plazas del barrio de Gracia hasta las puertas de la catedral, en el barrio Gòtic. La ciudad también cambia bajo la influencia musical: no es lo mismo bajar por la Rambla de Catalunya escuchando las canciones de Franz Ferdinand, con un ritmo que te empuja a ir cada vez más de prisa, que con la música de Michael Nyman, pongamos que con la banda sonora de *Wonderland*, que a ratos parece creada expresamente para la vida moderna y contemplativa del *flâneur*. Cada melodía reescribe mis pasos y transforma lo que veo. Las ondulaciones de la fachada de la Pedrera de Gaudí se vuelven más angulosas y ariscas si paso por allí cerca mientras escucho a Nick Cave. Las calles que suben del Paral·lel a Montjuïc parecen proyectadas para acompañar la música festiva de Stevie Wonder, como un viaje del centro urbano a la calma del parque. A veces, gracias a la música, algunos días también sucede lo que no te esperas: caminando por la ciudad, consigo estar lejos de Barcelona, en otro sitio.

3. Cuando estoy lejos de Barcelona, en otra ciudad, me gusta pasear a la hora en que todavía se está despertando y por momentos parece invisible, como si surgiera de la oscuridad. Entonces descubro cómo recibe el nuevo día cada ciudad. Copenhague se despierta como un

* Texto traducido por Pau Sanchis.

joven atlético, que sube a la bicicleta, pedalea y en seguida se une al flujo de ciclistas que desde muy temprano parecen dar energía a las calles, como una dinamo accionada entre todos. Shanghái se levanta con ojeras después de una noche de insomnio, con los pulmones cargados por la polución y con las autopistas de tres pisos eternamente colapsadas de coches, como arterias que quisieran reducir el ritmo de su corazón. Nueva York a las siete de la mañana tiene resaca y aun no se ha ido a la cama, sus calles están sucias y apestan a alcohol y orina, y mientras tanto la segunda oficinista se cruza con el penúltimo noctámbulo en la salida del metro y se miran de reojo. Múnich se dice: ¿por qué me despierto tan temprano?, ¿por qué, si podría quedarme todo el día durmiendo?, pero no puede evitarlo: se viste y sale a la calle para saludar con orgullo a la jornada. Roma bosteza con sueño atrasado, mira por la ventana, se rasca la cabeza y vuelve a la cama. París es una dama que se despierta en su alcoba, cuando las calles ya huelen a colonia y cruasanes calientes, y lentamente se viste mientras añora los años salvajes de estudiante. ¿Y Barcelona? Oh, Barcelona se levanta en silencio, se mira en el espejo del cuarto de baño y le pregunta cada día quién es la más bonita. Las horas se le pasan esperando una respuesta que no siempre llega.

4. Dos meses al año, Barcelona se magnetiza con todo el esplendor del Mediterráneo. No, no me refiero al verano, sino justo antes y justo después. Junio y septiembre son los meses más marítimos para la ciudad. Esas semanas en las que hace buen tiempo, el sol calienta sin quemar, cuando te tomas el primero y el último helado de la temporada. Un mediodía de mayo caminas por la calle y de repente un aire que sube del puerto y de las playas, salado y limpiísimo, te envuelve y te narcotiza los sentidos. Es un aire puro, no se mezclan todavía el olor a fritanga y a crema solar, y de repente actúa como una llamada tribal: lo dejarías todo y bajarías a saludar al mar, los barcos que llegan al puerto, la playa todavía medio desierta. Los poetas han descrito el hechizo de esta brisa fresca, que procede de ese punto en el que «el mar, més enllà del

port, / s'ha desfet la cabellera». Puede que no nos demos cuenta, pero los barceloneses nos pasamos la vida persiguiendo ese olor a Mediterráneo. Compramos flores que conserven su perfume. Vamos a los mercados para ver el pescado de cerca y después nos lo comemos. Buscamos la sombra de las palmeras. En verano bajamos a la playa, nos bañamos siguiendo una rutina, nos quedamos allá hasta que oscurece, bebemos en los chiringuitos y a ratos nos parece que vivimos dentro de un dibujo de Mariscal. En invierno subimos a las colinas —Montjuïc, el Putxet, Collserola, el Guinardó— para ver la ciudad y, allí delante, a lo lejos, la franja azul del mar. De repente se diría que somos aristócratas pasando revista a nuestras posesiones. A veces subimos a una *golondrina* en el puerto y vamos mar adentro. Mientras nos mecen las olas, retrasamos el instante de girarnos y contemplar la ciudad desde la distancia: su silueta simpática y presumida, que se quiere hacer perdonar el desdén con que nos trata.

5. A pesar de sus caprichos de nuevo rico y la entrega al turismo, Barcelona es una buena ciudad para pasear. El mar está cerca y las colinas y montañas que la rodean tienen una altitud muy humana. La Diagonal, su avenida más larga, no debe medir más de treinta mil pasos mal contados. Hubo un tiempo en el que algunos habitantes se paseaban por el centro de Barcelona como si las calles fueran un jardín privado. Saludaban a todo el mundo tocándose el sombrero. En los barrios que se alejan de este centro, donde la ciudad ha aprendido a desdoblarse en mil *barcelonas* diferentes, a menudo perdura esta sensación de que todos los habitantes se conocen entre sí. Me acerco a ellos curioso, paso a su lado, los veo un día tras otro, y nos reconocemos sin conocernos. Barcelona me gusta los días en que menos se parece a Barcelona. Quizás sea porque yo siempre quiero estar en otro lado.

6. «Soy inmenso, contengo multitudes». A veces, cuando camino y me voy cruzando con la gente por las calles, pienso en este verso emblemático de Walt Whitman. Si todos contenemos una multitud de

personas —tal como yo creo—, entonces es casi un milagro que dos personas se crucen dos veces siendo ellas mismas. Además, si jugamos un poco más, podemos decir que cada persona contiene una ciudad y, por lo tanto, cada ciudad contiene una multitud de ciudades. A veces, en mis paseos por Barcelona, busco otras ciudades con afán de explorador. Basta con pararse en una esquina, fijarse en una ventana en medio del paisaje urbano, recorrer la forma curiosa de un callejón que lleva a una plaza. Así, en otoño, cuando el viento barre los adoquines y se lleva las hojas de los plátanos, la calle de Trafalgar y las rondas de Sant Pere y Sant Pau me recuerdan los anchos bulevares de París. Casi sin quererlo, busco el resplandor de una luz mortecina en las buhardillas de las casas, la sombra del pintor Nonell refugiándose en un portal, quién sabe si acompañado de Ramon Casas. O en días soleados, cuando dejo atrás el laberinto de calles del Gòtic y llego de repente a la vía Laietana, me sorprende la altura de sus edificios, la vista limpiísima que viene de la montaña y llega hasta el mar, y me acuerdo de que Manuel Vázquez Montalbán sabía ver el perfil de Manhattan en esta calle única y en algunos de sus edificios inspirados en la arquitectura de Chicago. O si sigo caminando y me adentro en la retícula de la Barceloneta, su atmosfera de pescadores, la ropa tendida en los balcones, ese olor a mar que sube, quién sabe si mezclado con el humo de las sardinas a la brasa (pero eso ya es una fantasía), me lleva inmediatamente a Lisboa. Hamburgo se oculta entre el ajeteo del puerto comercial. Muchos domingos la playa se llena de brasileños que buscan allí a su *garota de Ipanema* de Río, mientras toman una caipiriña y juegan a vóley. Raval adentro hay tiendas que viven literalmente en Bombay, en Lahore, en Calcuta. Barcelona es multitudinaria.

7. Si el espacio de la ciudad es ilimitado, ¿cuál es el tiempo de Barcelona? Barcelona vive atrapada entre el pasado y el futuro. Su presente es etéreo, gaseoso como la vanidad que le marca el paso y se autodestruye en contacto con la realidad. Su pasado, forjado a lo largo de siglos de historia, es bullicioso y turbulento y está tocado por una fuerza literaria que lo domina. En Barcelona, el presente necesita

ser pasado inmediato para glorificarse. El futuro que empuja e inquieta, a su vez, es el remedio para este desajuste, la medicina que cura la nostalgia. La transformación social constante de la ciudad, con la llegada masiva de la nueva inmigración, impedirá que un día Barcelona se transforme en una inmensa estatua de sal. Si no es así, con el tiempo tendremos un conjunto escultórico bello, quieto, atrapado en el tiempo, visitado solo por los turistas curiosos.

8. De vez en cuando, los críticos y los historiadores de la literatura nos recuerdan que todavía no se ha escrito la gran novela sobre Barcelona. Yo lo prefiero así, aunque en realidad el libro sí que existe: es una novela de novelas, un rompecabezas construido con todas estas voces que han retratado la ciudad y su gente. En el siglo xx, para acotar un poco el mundo, la gran novela sobre Barcelona contiene las amargas y las dulzuras de la burguesía que se hizo rica en el siglo anterior. Lo describió muy bien Eduardo Mendoza en *La ciudad de los prodigios*, por ejemplo. Gracias a su protagonista, Onofre Bouvila, se levanta ante nosotros esa Barcelona cambiante. Un tiempo con una burguesía que vivía en una ciudad moderna, cosmopolita sin saberlo, donde los arquitectos construían persiguiendo sus sueños, donde el arte de las vanguardias encontraba un sustrato para la rebeldía, donde la jornada empezaba para muchos por la noche, en los cafés y los *music halls* del barrio Chino. Una época de empresarios despiertos y viejos aristócratas que se fundían la herencia, pero también de artistas, bohemios, orquestas, amantes, señores aparentes y canallas. Era lo que pasaba, al mismo tiempo, en Berlín, París, Nueva York. Un deseo de urbanidad las hermanaba. Era también una época de intrigas sociales y tanteos políticos que desembocó más adelante, en los años treinta, en una ciudad de desavenencias, de lucha y revolución. Una ciudad en guerra que viró del rojo al gris y que vivió cuarenta años dominada por el blanco y negro y el verde oficial del franquismo. A pesar de las penurias, la literatura nunca faltó a su cita. Tampoco después, en una Barcelona que en los años setenta, con la democracia, despertó de nuevo para descubrirse a sí misma y gustarse, entregada a

la apoteosis del diseño y con una excusa perfecta para experimentar con los cambios: unos juegos olímpicos que la transformaron de arriba abajo, por favor, a la fuerza.

9. Cuando paseo por esta Barcelona actual, fondeando sin darme cuenta en su historia, soy lector y escritor a partes iguales. Primero hablaré un poco de la lectura que me proporciona la ciudad, que es más bien una relectura, y después hablaré de la escritura. Aunque probablemente todo sea lo mismo. Así que, cuando camino por las calles, sin fijarme en el tiempo actual, soy un lector que recorre los capítulos de esta novela infinita, inacabada, o, mejor dicho: esta novela en perpetua construcción. Es imposible recordar a todos los autores que han fijado la memoria de la ciudad a través de las palabras. Quizás haya que empezar con los elogios que el Quijote, ya enfermo, dedica a la ciudad que lo verá morir: «Me passé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única». Desde esta declaración de amor cervantina, que hoy en día continua muy viva (sobre todo lo de «albergue de los extranjeros») hasta el último verso escrito a algún rincón de la ciudad (ahora mismo, en este momento, alguien lo está escribiendo), serían necesarias tantas palabras que se podría reconstruir la ciudad a escala natural, sin ningún error y con todo lujo de detalles. Pero no quiero seguir adelante sin pararme en dos o tres ejemplos memorables de escritores que me acompañan. Que sirvan ellos como reclamo y resumen para toda la tradición que se perpetúa en las calles de Barcelona...

10. Así, si me adentro en los callejones del Raval, saliendo de la Rambla para meterme en el viejo barrio Chino, con el bullicio incesante pero cada día más delimitado, menos salvaje, me asalta a menudo un sentimiento de nostalgia que no me pertenece. Nostalgia de unos años en que la vida intensa y exagerada llenaba cada rincón de este barrio. Eran los años veinte del siglo xx, cuando Barcelona se presentaba al mundo con su Exposición Universal.

En *Vida privada*, Josep Maria de Sagarra retrató esta imagen picante. Su prosa es vibrante y espumosa:

Aquell estiu va ser una estació fosforescent: les carrosseries més lacades, els yachts més cànids i més ripolinats, feien fer pampallugues a tots els enllustrabotes d'Almeria que doblegaven l'espina vora el monument de Colom i en les terrasses de la plaça de Catalunya. Els cabarets van tornar a segregar el xampany gelat [...]. Barcelona bullia, tot era un sofregit de grandesa i de campí qui pugui. Els ulls, les galtes, el nas, el sexe de les persones trobaven esplais infinits. Les festes nocturnes de l'Exposició eren realment un somni, un prodigi que esborronava els barcelonins.

11. Si mis pasos me llevan al otro extremo de la ciudad, a la montaña del Carmel, me encaramo por la falda, dejo atrás el parque Güell, paso junto al bar Delicias y entonces entreveo la sombra del Pijoaparte, a quien Juan Marsé hizo vivir en la novela *Últimas tardes con Teresa*:

Acaba de salir de su casa, que forma parte de un enjambre de barracas situadas bajo la última revuelta, en una plataforma colgada sobre la ciudad: desde la carretera, al acercarse, la sensación de caminar hacia el abismo [...]. Abajo, al fondo, la ciudad se estira hacia las inmensidades cerúleas del mediterráneo bajo brumas sordas de industrial fatiga, asoman las botellas grises de la Sagrada Familia, las torres del Hospital de San Pablo y, más lejos, las negras agujas de la catedral, el Casco Antiguo: un coágulo de sombras.

Marsé escribió estas páginas en 1966. Ese mismo año, Mercè Rodoreda publicó una de sus mejores novelas, *El carrer de les Camèlies*, y hay una escena en la que su protagonista, Cecília Ce, se va a vivir con Eusebi a las mismas barracas que revivía Marsé: «La barraca només tenia dues parets de maó; les altres eren fetes amb llaunes, amb fustes velles i amb trossos de sac entaforats per les esclatxes». Este eco urbano se expande entre otros autores. Juan Marsé resuena en Blai Bonet, que resuena en Manuel Vázquez Montalbán, que resuena en Josep M. Benet i Jornet, que resuena en Olga Merino, que resuena en Josep M. Espinàs,

que resuena en J.V. Foix, que resuena en Enrique Vila-Matas, que resuena en Josep Pla, que resuena en Sebastià Gasch, que resuena de nuevo en Juan Marsé... Cuando los ponemos así, juntos, nos damos cuenta de que son miradas diferentes, a veces incluso opuestas, pero el misterio es que unas se reflejan en las otras, reverberan en las palabras escogidas y se dan luz, completan el mapa a trozos: la ciudad es un gran caleidoscopio.

12. Hay otra prosa que acompaña a todos los novelistas y poetas. Es la prosa de los cronistas de la ciudad, importantísimos en su tradición, hasta el punto que la literatura catalana se ha construido sobre la base de una prosa moderna, hecha de crónica y de reportaje. Como es complicado elegir solo uno entre tantos catalanes, citaré unas frases de un cronista extranjero que comprendió la ciudad y el país como pocos. George Orwell, quien en su *Homenaje a Cataluña* escribió sobre la ciudad en plena Guerra Civil. Estamos en 1937:

Todos los que habían hecho dos visitas a Barcelona durante la guerra, con intervalos de algunos meses, comentan los extraordinarios cambios que observaron en ella. [...] Sin duda, para quien hubiera estado allí en agosto, cuando la sangre aún no se había secado en las calles y los milicianos ocupaban los hoteles elegantes, Barcelona, en diciembre, le habría parecido una ciudad burguesa; pero para mí, recién llegado de Inglaterra, se continuaba pareciendo más a una ciudad obrera que cualquier otra que yo hubiera podido concebir. (Traducción de Noemí Rosenblatt).

13. Junto a Josep M. de Sagarra y Juan Marsé, junto a George Orwell, como decía, existe una larga tradición de novelistas, cuyos personajes deambulan inmortalmente por Barcelona. Narcís Oller y Xavier Benguerel. Mercè Rodoreda y Joan Sales. Carmen Laforet y Eduardo Mendoza. Montserrat Roig y José Antonio Garriga-Vela. Terenci Moix y Quim Monzó. Ignacio Vidal-Folch y Roberto Bolaño, Maria Barbal y Jaume Cabré. Y entre los más recientes, Lluís Anton Baulenas y Màrius Serra, Mercè Ibarz y Javier Calvo, Víctor Nubla y Miqui Otero, Jordi Nopca y Gonzalo Torné. Todos ellos y muchos más

han retratado la ciudad para siempre, han creado un daguerrotipo imborrable que, partiendo de la ficción, me ayuda a fijar los espacios de mis caminatas. También tienen su sitio los poetas, no hace falta decirlo. Con Joan Salvat-Papasseit, doy una vuelta hasta el muelle para recordar que allí guardó madera. Con Jaime Gil de Biedma paseo hasta Montjuïc, o hasta la Salud, y revivo «la edad de la pérgola y el tenis». Con Enric Casasses me detengo en la plaza del Raspall y le escucho hablar con los gitanos. Cada esquina puede ser un verso; cada peatón, lo escoge a su gusto.

14. Soy inmenso, ya lo he dicho antes, y contengo multitudes. Cada uno de nosotros lleva una ciudad en su interior. Muchos artistas buscan su reflejo en esta ciudad personal y después lo convierten en su obra. «En las grandes ciudades encontramos los fenómenos más extraordinarios», escribió Baudelaire, «todo lo que tenemos que hacer es pasear con los ojos muy abiertos. La vida es un hormigueo de monstruos inocentes». Este latido urbano marca el ritmo de mis historias y de mis días, les da forma. También me doy cuenta de que la caligrafía urbana de mis pasos a menudo se parece a la escritura. No diré que las calles son una página en blanco, un lienzo por pintar, pero sí que a menudo mis pasos se convierten en el motor de alguna cosa. La ciudad es sobre todo el lugar donde confluyen las historias, muchas historias. Después está el estilo, por supuesto, la manera de decir las cosas que tiene cada escritor. A menudo, cuando llego a casa después de un paseo, anoto una idea, una frase, un diálogo, una coincidencia, una imagen. Esta semilla de una historia puede quedar enterrada para siempre, o aparecer de nuevo muchos meses después, el día que sea necesaria para arrancar un capítulo, un cuento, para encontrar el rastro perdido de un personaje. Cuando eso ocurre, siento que formo parte de una tradición: la de esos autores que he leído y que un día, antes que yo, recorrieron esta ciudad como exploradores de lo que era cercano. Lo que cuenta es la actitud despierta y no la distancia. Ahora me apetece describirles uno de mis paseos. Con su permiso, les dejo. Son las siete de la tarde. Hasta luego. [*Una pausa*].

15. Hola, ya he vuelto. Son las nueve de la noche. Mi podómetro marca 12.366 pasos. En la calle hacía un viento frío y el sol se ha puesto dejando un rastro de luz rosada sobre el cielo de Barcelona. Durante un rato he escuchado canciones de Joni Mitchell, pero después he decidido que tenía que abrir las orejas a los sonidos de la calle. A mi lado, bajando por una avenida, una hija le decía a su madre: «No intentes convencerme, mamá, vivir toda tu vida en un hotel sería un disparate». Al lado de un parque, un señor paseaba un perro *schnauzer* que tenía la misma mirada triste que su dueño. El perro, que temblaba como un viejo, se ha parado a hacer sus necesidades junto a un árbol y el señor lo ha felicitado. «Así se hace, Rusky, ¡muy bien!». Después he bajado por la avenida del Paral·lel y para combatir el frío he entrado en un bar regentado por un gallego. En una esquina, en una de las mesas de fórmica, una pareja de travestidos discutía y de vez en cuando levantaban la voz. Había una que gimoteaba silenciosamente y la otra hablaba con más energía. En la barra, un señor con un traje anticuado se tomaba una copa de coñac. Me he sentado a su lado, he pedido un café con leche muy caliente, y él me ha mirado. «¿Sabe qué es eso?», me ha dicho al cabo de un rato, enseñándome una caja de medicamentos. Le he contestado que no. «Viagra», ha soltado sonriendo, «la necesitaré. Este fin de semana pienso hacer el amor con cinco mujeres, una de cada continente». «No será fácil encontrar a una australiana», le he dicho intentando no desanimarlo demasiado. «Pagando se encuentra de todo», me ha respondido con un punto de ingenuidad. «Pero, ¿sabes cuál será la más difícil de enamorar? La suramericana».

Le he dicho que a menudo los hombres pagan por el sexo precisamente para no tener que enamorarse. No me ha hecho caso y ha seguido con su monólogo, lo llevaba muy adentro y se notaba que tenía que sacarlo: «Una vez estuve casado con una argentina. Hace treinta años. Me dejó en el momento en el que éramos más felices y todavía no me la he sacado de la cabeza. Las suramericanas me imponen mucho respeto, para decirte la verdad». Ha seguido hablando un buen rato. Tiene 68 años y un hijo en Buenos Aires, a quien no ve desde hace treinta años. Sabe que está vivo porque cada seis meses, más o menos, le envía una postal. Siempre son postales antiguas de Buenos Aires, con la imagen descolorida por el tiempo, con vistas de las grandes avenidas modernas, de los monumentos típicos, aunque muchas veces podrían ser de cualquier ciudad. Las postales son viejas porque una vez su hijo tuvo un quiosco y se ganaba la vida vendiéndolas. En una de las múltiples crisis económicas de la Argentina, tuvo que cerrar y no pudo colocar el género. Desde entonces las tiene en su casa. Montones y montones de postales. «Si sigo vivo, el día que se le acaben dejaré de enviármelas, el muy desgraciado. No se gustará ni una perra», dice enfurruñado. Después me he despedido de él, he salido a la calle y me he encontrado de nuevo en Barcelona. He caminado de nuevo hacia mi casa como si en realidad estuviera volviendo de un viaje muy lejano. He encendido el ordenador y he empezado a apuntarlo para no olvidarlo. Hasta aquí. Ahora. En el futuro, estas palabras del señor argentino de la barra del bar podrían convertirse en una ficción —sí no es que lo son ya ahora mismo.

FIN

NOTA BIOGRÁFICA

Jordi Puntí estudió Filología Románica y ha publicado tres libros de narraciones: *Pell d'armadillo* (1998), *Animals tristos* (2002) y *Això no és Amèrica* (2017). En el año 2010 sacó su primera novela, *Maletes perdudes*, que mereció los premios Llibreter, de la Crítica, Amat-Piniella y Lletra d'Or. Se ha traducido a dieciséis idiomas. También es autor de *Els castellans* (2011), una ficción autobiográfica sobre la vida cotidiana en una villa industrial catalana, en los años setenta, y la relación con los hijos de la inmigración llegada de España. Su libro más reciente es *Tot Messi* (Empúries, 2018), un retrato juguetón, sentimental y literario del futbolista argentino del FC Barcelona. Es colaborador habitual de *El Periódico* y de la revista cultural *L'Avenç*. Está considerado una de las voces más interesantes en el panorama narrativo en lengua catalana.